Esteban Pujals.—DRAMA, PENSAMIENTO Y POESIA EN LA LITERATURA INGLESA.—Ediciones Rialp (Biblioteca del pensamiento actual). Madrid, 1965. 590 páginas.

Esteban Pujals, Catedrático de Literatura Inglesa en la Universidad de Madrid y autor ya de una copiosa bibliografía, reúne ahora en este tomo veinticuatro ensayos que han ido apareciendo durante los últimos años en diversas revistas y publicaciones españolas. A pesar de ser todos ellos entidades completas e independientes entre sí, se ensamblan felizmente en este volumen que constituye en verdad un conjunto armónico y organizado en un terreno, como es el de la crítica sobre literatura inglesa y norteamericana, en el que no abunda el material en nuestro país. Contribuye así a llenar un hueco importante en nuestro horizonte cultural, dotando al mismo tiempo al estudiante y al especialista de un valioso instrumento para su trabajo.

Se inicia la obra con una introducción a modo de composición de lugar, en la que se enfrenta al lector con el cómo y el por qué de la cultura y el carácter británicos. Establece al mismo tiempo un paralelo entre los destinos históricos y los rasgos temperamentales de ingleses y españoles, visto con sensibilidad y agudeza, centrando los puntos esenciales de contacto entre ambos pueblos en su labor colonizadora y en su creación literaria.

Demuestra a continuación el valor de la literatura como medio de formación humana para los que la estudian y define cuál ha de ser la actitud inicial, ideal, de acercamiento a las grandes obras literarias, cuyos valores no se alcanzarán «con su definición o comentario, sino en contacto con la propia obra de arte». No hay que olvidar que «la literatura es una actividad imaginativa y tiene que abordarse con la imaginación» (p. 20). De aquí pasa el autor a ofrecernos una visión de conjunto de lo que constituye la Historia de la Literatura Inglesa desde sus comienzos, pero no a base de divagaciones y generalidades, que suelen ser tan vacuas como brillantes, sino por medio de una serie de puntos clave bien escogidos y articulados todos ellos con oportunidad, gran percepción y un profundo conocimiento de la materia.

Su comentario sobre sir Thomas More revela el gran aprecio en que le tiene por sus cualidades de «verdadero genio literario» (49) y por considerarlo

«el hombre más jovial y feliz y el escritor de humor más sano de todo el conjunto de humanistas (ingleses)» (48), como demuestra cumplidamente con atinadas observaciones sobre su personalidad literaria y humana.

Realiza en el capítulo siguiente una interesante comparación entre los teatros español e inglés de sus Siglo de Oro y época Isabelina respectivamente, analizando las figuras que él califica de «colosales» de Shakespeare y Lope de Vega, los cuales con la «audacia que les proporcionaba el genio... asaltaron el sector de la dramática, sin demasiadas contemplaciones por la propiedad ni atenciones hacia las reglas de arte establecidas y, para montar su soberano edificio, echaron mano de todo el material utilizable que habían allegado sus predecesores, construyendo según se señorial capricho» (74-75). Puntualiza seguidamente que, si bien «considerados de un modo general, ambos son figuras paralelas, de una estatura colosal, que ejercen análogas funciones en sus respectivas literaturas y que aportan creaciones de un valor universal indiscutible» (82), no obstante, sus respectivas producciones acusan diferencias notables. Por una parte, «tan pronto como el español consigue descubrir la fórmula de la comedia, se ajusta tenazmente a ella produciendo, en consecuencia, gran número de obras bastante semejantes, cuyo aspecto no parece sea fruto de profunda inquietud. En Shakespeare, en cambio... sus obras no se ajustan —en lo esencial, en el movimiento interno, me refiero— a fórmula alguna, y obedecen tan sólo a un poderoso motivo creador, una lógica orgánica individual, y son fruto no tanto de la industria como de la inspiración, del sufrimiento o el goce de vivir, y de la experiencia personal» (84). En segundo lugar, Lope «concibe sus comedias en conjunto, sin intención específica de destacar personajes», mientras que el interés que Shakespeare siente por su personaje suele ser «tan firme, y tan enorme su poder escultórico y creador, que con frecuencia el carácter interrumpe la corriente dramática y absorbe en sí mismo el interés de la escena».

Especialmente interesantes son los capítulos siguientes dedicados a estudiar, con profundidad y rico sentido estético y artístico, algunos aspectos parciales del gran creador británico, entre los que sobresale el dedicado a poner de relieve la semejanza de la situación en que se encuentran Próspero y Hamlet y sus distintas reacciones ante la misma: Hamlet «escoge, o no puede resistirse a seguir, una dirección negativa, una ruta de descenso y desintegración» (137), mientras que Próspero, fruto de un Shakespeare que ha alcanzado una mayor madurez espiritual y humana, así como una profunda serenidad vital, se decidirá en cambio por «el camino ascendente que le conduce a él y a todos los que le rodean a la salvación» (138).

Estudia luego a Edmund Burke cuya actitud política cualifica frente a dos hechos trascendentales: el problema de las colonias de Norteamérica y el movimiento revolucionario francés, considerando esa actitud como «liberal, a fuerza de realismo en el primer caso; conservadora, por la misma razón, en el segundo, y en ambas fiel a los principios de la dignidad humana y el conocimiento antropológico e histórico de una sociedad civilizada» (197).

Igualmente reveladores son sus estudios sobre Wordsworth y Byron; su interesante comentario sobre García Lorca en relación con los británicos Masefield, Hardy y Synge; sus trabajos sobre los poetas ingleses de entreguerras; Dylan Thomas, Sitwell, Poe... y el resto de los ensayos que componen esta obra y de cuyo comentario forzosamente hemos de prescindir en razón de brevedad. No quiero sin embargo cerrar esta breve noticia sin referirme al último capítulo

dedicado a la novela norteamericana, a la que enjuicia el Sr. Pujals con acertados toques y cuyos elementos definidores encuentra en «el predominio de la intuición, el símbolo, la expresión individual o colectiva de grandes ilusiones en forma de cuento o alegoría (535), en contraposición a los de la novela inglesa «consistentes en la observación realista de los problemas de unos individuos que se debaten en el cañamazo de una sociedad perfectamente estructurada».

Es el Sr. Pujals un crítico que a su aguda percepción y profunda y honrada sensibilidad, une una prosa limpia y elegante y un estilo cuidado y ágil, al mismo tiempo que un pensamiento serio y trascendental. Por lo cual debemos esperar con ilusión e interés nuevas muestras de su trabajo que a no dudar, irá dándonos en el futuro.

Javier Coy